

A NE ZOOM O UNA POÉTICA Y OTROS ESCRITOS

Lola Bizcocho Sousa

A NE ZOOM O UNA POÉTICA

Querida Barbie Literaria. Este espacio lo he destinado exclusivamente para ti. Me alegran tus éxitos de todo corazón, algo que sostiene mi fe en la caída, que es el legítimo triunfo que abrazo: flotar no es ningún mérito; es un principio científico que establecen las leyes de la naturaleza. Lo genuino es sobrevivir en el lodo, aprehender las contraseñas de su entrada principal e instalarse junto al limo y la pecina, sucumbir en los brazos del silencio y a la oscuridad mezquina de la charca. Entonces soy.

Sin embargo, no puedo negarte que constituyes un paradigma que se ha instalado en mi vocación de ser, un proyecto de autorretrato iluminado. Tú a esto lo llamas envidia. Yo también. ¡Cómo no valorar las capacidades motrices y propulsoras de tu morfología ante los seres viles y vulgares que te rodeamos! ¡Cómo ignorar tus cualidades vocálicas del norte, empecinadas –acopladoras de mundos- para obtener el estatus que te mereces! ¡Qué envidia, chica!

La primera vez que te vi pensé: “No sé qué hago aquí: ¿Qué puede aportarme una muñeca de goma vestida con unos minúsculos trajecitos y falditas veraniegas en el severo frío de enero? No sobrevivirá al invierno” –malicié mientras me enredaba en el cuello una voluminosa bufanda de lana-.

Pero la primavera llegó con su magma efervescente y tú tan lozana, maquillada de superestrella, con el esmalte de uñas perfecto en tus dedos finos que se deslizaban torpemente para dibujar en la pizarra una estructura del tú y del yo de los personajes que eran siempre tú, un cuadro que se repetía cada vez que iniciabas el croquis sobre ti misma donde sólo faltaba tu gato inseparable del que tanto nos hablabas. En ese instante, te mostrabas en el escaparate, una ventana perfecta donde eras la Barbie Profesora y donde parecías invitarnos a vamos a ponernos guapas con aquella fashion fever que manejas como una posea y esa dinámica vivaz y esa estética delirante con que resuelves tu itinerario hasta el encerado. Y continuaste embrujándonos con tus ojos que no paraban de guiñarse y desplegarse y achicarse de nuevo..., y tu boca que no cesaba de enhebrar palabras de tonos pastel y formular inspiraciones de la magia del arco iris y proferir ascos de gente de tintes grises y ocre con los que te codeas a los que, desde luego, tú conoces de sobra, y qué asco chicos, es un patán, es torpe, me dejó que corrigiera su novela antes de presentarla al premio, y vaya, pero ganará, él tiene mucho tirón... -¡Qué envidia tan grande me dabas!-. Así fue como te convertiste en nuestra musa de los jueves por la tarde en aquel aula de una academia cuyo máximo rango consistía en estar en la calle de una señora coronel y desembocar en el palacio de una duquesa.

Siempre te imagino como una bailarina strepper, o por un suelo alfombrado de arenas blancas haciendo surf junto a mil princesas bailarinas por la beach fun, pero no, tú eres el totus nostrum, la Barbie Literaria que nos encandilas hablando incluso de libros que todos conocemos excepto tú, de una literatura que fondea entre las fisuras elementales de la memoria de todos.

Pero es que además has publicado ya tu segunda novela y al parecer con bastante éxito. Fantástica portada donde aparece una bellísima Barbie Bruja que es la perturbación y desazón de los acróbatas y funambulistas que pisan la calle, una humana Barbie Mar que ahoga voluntades y somete cuerpos y cabezas si se quiere pasar una a una las páginas del libro.

Fuimos primero el sector femenino del aula, desgranándonos a duras penas de las constelaciones de tu misterio, el que cayó en la cuenta de cual –visto desde la luz de la razón- era el objetivo en una clase de una Barbie Literaria: motivarnos y ampliar nuestras posibilidades para ser creativos/os y explorar nuestros intereses mediante una variedad de sugestivas actividades –apelando siempre a los paisajes interiores-. ¡Y cómo veíamos caérsele la baba al sector masculino, esa elite de hombres tristes que aspiraban a convertirse en escritores gracias a tus enseñanzas, mientras ignoraban cómo las palabras se iban hundiendo en el abismo ante sus propios ojos!-.

Desconozco la sensación de los colmados, universo entero al que tú perteneces y te cobija, por el que siento una envidia infinita, porque aunque te parezca imposible tenemos en común el barro primigenio y, no puedo evitar las tentaciones ciegas, las vanas inquietudes del engrandecimiento y los caminos que otros huellan.

Ya ves, querida Barbie, nada debe preocuparte: esto que pretendía ser un poema, no es más que un cambio en la voz, utilizo esta expresión que tanto te gustó en cierta ocasión, de una poeta telonera, de una poeta con urticaria lírica-elegiaca. Lo que tú llamarías la voz que rezuma del fango.

Nos vemos pronto en clase. Besos.

L:

OTRA POÉTICA MÁS

Años más tarde después de lo nuestro me hice amante de la Poesía. La conocí un día en la Plaza del Triunfo mientras un distribuidor de periódicos depositaba uno en la palma de mi mano. Al pasar junto a mí, erguida como una reina, supe al instante que la vida comenzaba a colocar las cosas en su sitio, a pesar de que el mundo se había derrumbado tantas veces a mis pies. La invité a casa -no podía perder el tiempo-. Las dos parecíamos ilusionadas. Ella en un primer momento, parecía dócil y se dejaba hacer; examinaba su piel y me permitía registrarla y merodearla cuantas veces me apetecía. Para agradarle, aromaba el aire con La Vanilliers de L'occitane mientras me vestía las prendas que hubiese llevado un Baudelaire; ya se sabe, una gorra negra -lo más bohemio que encontré en Pedro del Hierro- y pañuelo de seda natural como Antonio Gala. Para cubrir mi cuerpo compré un gabán raído en negro deslucido al más puro estilo de los poetas que también me costó una fortuna. Por supuesto, nunca faltaba en la blancura de mi mano la última publicación de un novísimo charlatán que escribía sus palabras a mano porque la tinta de la imprenta fatigaba el aura de sus palabras en los textos. Tras varios días -no podría precisarlos con exactitud- ella decidió que se quedaba en casa y yo estaba feliz porque finalmente tenía nueva compañera. En nuestros momentos íntimos, la acariciaba pasando mi mano por toda su piel, y nunca encontraba una fisura, una grieta, una raspadura; era

perfecta. Pero yo no me dejaba impresionar ni intimidar, así que continué, imperturbable, en mi tarea de conocerla, de entrar en ella, y constantemente encontraba la misma respuesta: permanecía como distante, ausente de mí, ajena a mis desvelos y cuidados. Un día, traté de sorprenderla, hallarla desprevenida. Actué rápida: la despojé de sus ropas más íntimas y la forcé para que se me entregara, pero ofrecía una resistencia tan despiadada que llegó a excitarme tanto como la Lola del Cristal Club. Me volví loca. La golpeé con rabia, vi su sangre como brotaba de sus labios cerezas y se la lamí con mi lengua. La pisoteé con mis pies y la dejé allí, en aquel suelo triste tirada como un andrajo pero perfectamente entera. Me desconcertó aún más ver su rostro sonriente. La tomé en mis brazos, y sin pensarlo ni un momento, la arrojé desde el balcón de mi casa en la séptima planta. Nunca más volvió la Poesía a mi vida.

DISPONIBILIDAD ABSOLUTA

No quiso responder al teléfono que sonaba insistentemente sobre aquella mesita tan coqueta de nogal que había comprado años atrás en una tienda de antigüedades y que le había costado una fortuna. Se quedó tumbado, porfiado en su sofá donde normalmente hacía una digestión rápida ya que Horacio seguía una dieta estrictamente vegetariana. Hoy, sin saber exactamente porqué no llegaba el momento de ponerse en pie y acometer diligentemente sus mil empresas que tenía siempre por delante. Mantenía una postura estática y el brazo que le sobresalía del sofá se deslizaba lánguido hasta casi tocar en el entarimado del suelo de parqué con sus dedos. Con los ojos abiertos y fijos en un punto veía pasar sus años de estudiante en aquel instituto de secundaria donde sus compañeros de clase, al mismo tiempo que admiraban su talento y admiraban su sabiduría, también proyectaban un recelo en él, una mirada de extrañeza que le hacía sentirse el ser más diferente y solitario del mundo. Era insólito su aspecto para empezar, un adolescente totalmente enflaquecido y con una extraña indumentaria siempre negra. Pero lo que más sobresalía era aquella pelusa que acabó convirtiéndose en unos peláncanos que, aunque no se conoció nunca la razón jamás en aquellos años, se aventuró a quitarse de su cara. Era ya un estudiante de BUP de diecisiete años, pero él mantenía su rostro alejado de la Gillette y eso le confería un aspecto más que extraño, porque no era una barba ni poblada ni incipiente, sino que eran simplemente pelos, cada uno por un lado y unos más largos que otros que le daban un aspecto de fífriche. En clase era el compañero ideal: siempre dejaba prestados los deberes de forma que no había que hacerlos en casa y, tanto las ecuaciones como las formulaciones eran de una rotunda corrección. Los profesores que no eran ajenos a las insólitas maneras de Horacio, estaban encantados con su brillantez, porque no es que fuera el tipo pedante y empollón, él estaba por encima de todo eso y para nada le suponía un esfuerzo abordar *El Banquete* de Platón o hacer una traducción magistral de Virgilio o Catulo, igualmente manejaba las Matemáticas y la Física y la Química, incluso preparaba problemas-ejemplos a los profesores cuando estos se encontraban apurados de tiempo -decían ellos-. Pero lo que más llamaba la atención en Horacio era su bondad. Su bondad y su humildad, y la disponibilidad ante todos -no podría decirse para con sus amigos porque no parecía tenerlos entonces- era una disponibilidad abstracta ante el mundo. Quizás fuera esto lo que invalidaba cualquier reacción agresiva contra él, quizá por eso nadie pronunció la fatídica palabra, aunque

tampoco se tenía muchas nociones claras en la época. Lo que más impactó durante todos aquellos años de aquel bachillerato fue que durante el transcurso de unas jornadas culturales del Instituto Horacio decidiera representar una obra de teatro junto a un conocido suyo que nadie sabía de dónde había salido. En la representación de la obra interpretaba a un bebé en una cunita, allí acurrucado y lloriqueando, todo rosita y con la piel de la cara, por primera vez para el público, totalmente lisa y empolvada. Hubo una aclamación generalizada. Era un bebé auténtico. Con una malla rosa completamente ceñida a modo de piel humana, reproducía unos lloros quebradizos propios de un lactante en su cunita.

Más tarde, ya en la universidad, fue donde realmente pudo demostrar su grandeza como un ser sabio y paciente, pero, por contra, también fueron los años en los que conoció el amor. Extrajo de su pecho su corazón sangrante como ofrenda a Ismael Verlo, un compañero de la facultad completamente adonizado. Horacio sufrió y amó en proporciones idénticas porque Ismael sólo requería de él un hombro sobre el que derramar algunas lágrimas sediciosas propias de un ser totalmente caprichoso y soberbio. Y Horacio no tuvo reparos en ofrecerle no sólo su hombro sino hasta el último vahído que destilaba su aliento. Fue una entrega vana. Sin correspondencia posible. Aunque afligido, se le veía entregado e incluso había mejorado considerablemente su imagen que pasó del negro común al negro deslucido. Pero siempre estuvo disponible, sobre todo para facilitar las traducciones de Cicerón y el pesado de Tito Livio al gran grupo de embaucadores, abusadores, negreros, gusanos y lombrices que componíamos el aula. Más tarde, al terminar sus estudios filológicos, se tiró a las carreteras para ejercer como Obrero de la Lengua obedeciendo ciegamente los dictámenes que la Delegación de Educación prescribía. Así, fue desempolvando los caminos de los pueblos más dispares. No se supo de él durante estos años que en realidad fueron cinco o seis. Pero, según manifestaron muchos testigos oculares que presenciaron aquel día que apareció en un club de ambiente totalmente vestido de blanco nieve, con unas hombreras tan psicodélicas y tan rígido que parecía que iba vestido de astronauta, no hubo ningún tipo de duda que había catapultado al profesor sin sueños, desvalido y perdido por las líneas rojas y amarillas de los mapas de carretera. Horacio confesó que había decidido colgar en la percha de un armario a toda aquella plebe de hombres sabios que hasta ese momento habían constituido su única familia, dio un sonoro portazo sin compasión, giró con rigor la llave y los dejó allí encerrados para siempre. La determinación fue irrevocable; había decidido vivir y encarnar los personajes que le ofrecían el drama y la comedia y, en este momento, aquí recostado en un sofá de diseño que él mismo había bosquejado una calurosa tarde de agosto, abrió aún más si cabe sus ojos, como atusado por la insidia de sus alumnos brutales, intolerantes y con una descomunal falta de reparo y urbanidad hacia su naturaleza. Recuperó imágenes perdidas por los recodos de sus evocaciones y brotaron unas perceptibles lágrimas de sus ojos que, debido a la posición horizontal que mantenía, se quedaban estancadas en sus propias cuencas. Fue al girar todo su cuerpo en el sofá cuando las lágrimas corrieron libres por su rostro hasta llegar al suelo que él mismo se apresuró a secar con un folio que instaló, perfectamente encuadrado sobre el diminuto charco. Comenzó a respirar hondo y sonoramente pero siempre con los ojos abiertos fijos en un punto: "No, no puedo engañarme tan tontamente, sigo sin vivir mi propia vida: hago teatro". Y era la auténtica verdad: vivía entre la farándula y el cuento. Esto estaba muy lejos de lo que Horacio quería para sí mismo. Vivir no era reproducir la vida de personajes que empieza cuando comienza la función y se acaba cuando ésta termina, allí mismo, en el escenario. Una vida debía tener continuidad, como les ocurría a todos los seres,

hasta que uno se muere. Pero su vida simplemente dejaba de existir a medida que iba pisando el asfalto de la calle y dejaba atrás las tablas. Horacio, que aún permanecía recostado, sintió la sacudida de un lagarto en su vientre. Se incorporó, caminó hacia la ventana de su fascinante salón, y cogió un cartel que había colocado allí hacía algunos días. En el cartel decía *SE ALQUILA*, y más abajo, escribió a rotulador, *Disponibilidad Absoluta*. Se dirigió a la puerta de la calle y salió. Caminó durante horas, inquebrantable, decidido. En todo momento mantuvo el cartel colgado de su cuello, apoyado entre su pecho y su abdomen. Hasta que llegó un momento que el cansancio y el frío lo vencieron. Horacio se sentó en la acera de una calle estrecha y cubrió su cuerpo con su cartel arrugado y maltrecho de forma que se encontró prácticamente envuelto y tapado por éste. De repente un camión de la basura entró en la calle con dos hombres con poderosos hombros y brazos que agarraron aquel bulto amorfo y, con un fuerte impulso, lo lanzaron directamente a la gran boca del camión que iba tragándose todos los desechos e inmundicias que la ciudad vomitaba cada noche a la puerta de sus casas.

LEGAR A CASA

Hacer girar la cerradura de mi puerta
con la llave –una recaída cotidiana-
para entrar en el espacio tuyo-mío.
Desconstruir la imagen silenciosa,
la fisonomía de la ausencia, el no-tú.
Levantar una persiana para abrigarse con la luz
que se aviva en los muebles y objetos.
Desestatizarte con la obligatoria orfandad
de tu voz. Así el desamparo del soliloquio.
Nada más.

TODA LA VIDA POR DELANTE

Eres en la adolescencia mil proyectos.
Los ves -todos son tú
que has nacido como las estrellas,
vestida del primer azul-.
Te deleitas en la blanda delicia
de esta mansa bola que gira en carne viva,
que cede como una vieja
la herencia grande de sus bienes.
Alzas los brazos a las nubes,
recibes la lluvia con tu mejor sonrisa,
enciendes una hoguera en cada esquina
y vuelves a empezar de nuevo cada día.
Tratas a la muerte de usted -esa extraña
que ni conoces ni te importa-

INFINITO I

Se han cansado tus dedos
de apuntar estrellas
mientras te has sentado
muy atenta ante el mar,
y de una cifra
ha brotado otra cifra
hasta agotar todo el infinito
en tus ojos.

PARÁBOLA DEL ATARDECER

Con toda su fuerza
se hace grande y globo
pesaroso y obeso
hasta el punto de caer
del horizonte
y, apenas,
queda flotando
en los términos de aquel mar
que ya no es mar
ni tampoco cielo,
sino interludio de luz -la última luz-:
un musgo rojo
adherido
que muerde estremecido
la entraña del astro.

ALBERGUE DE TUS LABIOS

Que siempre el alba
perfume de adelfas
tu costado de sirena.

Que la bruma se diluya
en puertos de mar
que traen pacíficos corales a tus pies.

Que la transparencia de las medusas
atrape huracanes.

Que los mapas ubiquen
las olas de pálida sal,
los reinos de espuma
en la región que habitas.

Que el norte de mi brújula
sea la voz que surte
el cauce de tu aliento.

No se sabe qué constelación
nace
como un vuelo lento de nubes
del albergue de tus labios.

ELEGÍA

No sé si en aquel sueño donde aparecías eras tú o era algún emisario de los
que envía
el silencio;
tan diferente era tu rostro,
tan callada tu voz,
tan encubierto el estrépito que dona las presencias
que no respondías a mis súplicas
ni a mi llanto...

Después, nada:

he rastreado esta discreción de formas,
el disimulo de los relieves cotidianos,
las esquinas de la casa
porque no oculto ni enmudezco tu abandono.

Huyo del desasosiego
para abrazar la conforme espera de los otros
que dibujan con palabras en el aire
numerosas vidas potenciales.
Cierro mis ojos y un halo más dócil
que la negrura opaca de un eclipse,
ciego nace como un desvarío
para guiarme a la delicia que anhelo:
por unos momentos, sólo unos segundos,
me encumbro en la cúspide gloriosa
y olvido la vana y fulgida visión del mar
y olvido la trémula e inescrutable tierra
hasta que, consternada, abro mis ojos
a un deplorable escenario en el que tú no estás.

Comienzo a sufrir los instantes
porque tu último rostro
comienza a desdibujarse
y comienzan a desdibujarse
los precisos límites de tus manos y tu piel,
la efervescencia de tus pasos,
las yemas negras de tus ojos infinitos.

No quiero que el frío de tu sangre
arrase definitivamente tu memoria
y comiences a no ser:
rompo los nudillos de mis manos
llamando a todas las puertas -¿alguna se abrirá?-
mientras duermes la noche infinita del muerto.

Una grisura triste me acaricia
mientras malvivo sometida
a las tenaces grietas de los días.
El viento llora como un perro abandonado,
solo bajo las luces de las estrellas.
Las miro mientras escribo
porque firmemente espero
que en algún momento alces la antorcha
en esta inmensa noche atroz
e ilumine los bordes de tu ser
y las aristas ciegas de las cosas.